





# LA COMUNIDAD



Xisco Pomar Piña

# LA COMUNIDAD



Primera edición: junio de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Xisco Pomar Piña

ISBN: 978-84-19748-90-4

ISBN digital: 978-84-19748-91-1

Depósito legal: M-18036-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Le dedico esta obra a mis padres  
Emilia e Ignacio que me enseñaron  
el placer de la lectura*





## AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a mi familia que ha sufrido conmigo la elaboración de esta novela corta, especialmente a mi compañera a la que dediqué un capítulo: *Mi marido no se entera de nada*.

Mis hijos han sido mis primeros lectores y mis mejores críticos. Emilia, gracias por leerme a tiempo real en el metro, como si de un folletín se tratara. Josep, gracias por tus críticas, no he descartado aún ganarte para la ciencia ficción, Marc, gracias por tu apoyo constante.

Dar las gracias a Denisse y Juan Pedro que sacaron tiempo, donde no lo hay, entre tesis doctorales, turnos inagotables de trabajo y preparación de su boda para leer y comentar.

Muchas gracias, ¡cómo no!, a José María, compañero, amigo, corrector, confidente y bombero si es necesario, que me hizo unas cuatro mil sugerencias de mejora.

Finalmente agradecer a mis vecinos, Teresa y Bernat, lectores cero que llenaron el manuscrito de anotaciones a lápiz.

Una mención especial para Tap, mi perro en la vida real, que murió en mis brazos y al que en sueños aún paseo.



Cuando un hombre hace algo completamente estúpido es siempre por los motivos más nobles.

OSCAR WILDE



# 1.

## TODA UNA VIDA

Ninguna civilización es perfecta. La nuestra tampoco. En Esparta, los padres abandonaban a sus hijos recién nacidos a los pies del monte Taigeto toda una noche a la intemperie. Si sobrevivían a las alimañas y al frío se consideraban dignos de ser ciudadanos de Esparta.

En el siglo XX las guerras diezmaron una y otra vez la población mundial, sobre todo la de los hombres que servían en el ejército, pero también la de mujeres y niños. Lo hacían de forma indiscriminada sin pensar lo que estos individuos sanos y válidos podían aportar.

Después ya en el siglo XXI, las enfermedades contagiosas borraron poblaciones de naciones y hasta continentes enteros como pasó en la expansión de la neoébola.

El camino hasta aquí no ha sido fácil, ni el que queda por hacer será el más cómodo. Podríamos creer que el reciclaje anual puede ser injusto. Pero pensad que antes la gente moría por enfermedades que hoy curamos, por ac-

cidentes que nuestra civilización ha borrado y por guerras salvajes, que ya no existen.

Los alumnos me escuchaban con los ojos muy abiertos, todos sabíamos que una vez al año leemos la *Carta del Destino Final*, que nos permite vivir o que nos impulsa a dejar más espacio en la ciudad para que nuestra civilización sea sostenible. Este sorteo se realiza la noche anterior en la sede del Consejo y todos podemos ser elegidos. Recibimos la noticia a través de nuestro terminal. Se hace en función de la edad para mantener una pirámide de población correcta. Una sociedad solo de jóvenes no sería óptima ni tampoco una solo de viejos.

Esta historia contada día tras día siempre es muy escuchada en la víspera de la lectura de la carta, que permite que nuestra ciudad perdure. He de reconocer que yo mismo me emociono cuando explico año tras año la trascendencia de esta fecha tan señalada. En este día no es de mala educación sacar el tema y en todos los centros escolares está prescrito que se trate.

—Profesor, ¿no sería más natural dejar que la naturaleza siguiera su curso y que los enfermos murieran en vez de ser curados?

—Buena reflexión, pero piensa que nuestra existencia, tanto con la intervención del Consejo como sin ella, es limitada. Es cierto que con cuidados médicos podemos llegar a grados de longevidad nunca vistos. Dejar a la gente morir por enfermedad implicaría que el sufrimiento y el dolor nos acompañarían siempre. Hoy en día el dolor es mínimo. Si caes haciendo tus ejercicios de la

mañana delante de la pantalla, te haces daño, incluso puedes romperte un hueso, pero en dos horas como mucho el problema se ha resuelto. Nada comparable a antiguas enfermedades como el cáncer, cuyo dolor era enorme.

—Pero, profesor, las profesiones esenciales no entran en el sorteo y yo creo que todas las profesiones son necesarias.

—Sí lo son; sin embargo, reflexiona. Unas son más especializadas que otras. Para formar a un ingeniero se requieren años y años, mientras dura su aprendizaje todos contribuimos a su alimentación y cuidado. Si se siega esa vida, se pierde la inversión; en cambio, la educación de un peón dura un año y está formado.

—Pero el problema es que no todos podemos ser ingenieros —apunta un alumno especialmente sensible: el año pasado perdió a su padre, agricultor creo recordar.

—El examen de calificación os da un abanico de profesiones a elegir. En vuestra mano está el optar por aquellas más seguras o que dan más posibilidades de longevidad.

—No es malo ser reciclado; es un servicio al pueblo y para el pueblo —dice mi alumno más aplicado.

—Veo que has leído nuestra Constitución.

—Claro, profesor, usted nos lo dijo.

—¿Por qué no se reciclan los miembros del Consejo?

—Nadie sabe quiénes son los miembros del Consejo para que así no estén influenciados por sus ciudadanos, no reciban presión y puedan ejercer su poder con mayor objetividad y gobernarnos con equidad. Seguramente

también se reciclan, pues deben ser personas que tienen un oficio asignado y pasan inadvertidas.

Miradas de reproche entre sus compañeros, de envidia, de odio, no sé muy bien. Desde hace un año le he cogido mucho cariño a este chico, me mira con admiración no sé muy bien por qué. A cada sugerencia que hago para ampliar conocimientos, la sigue quitándose horas de sueño o juego. No tiene padres, lo cuidan unos tíos y cuando le pregunté qué quería ser, dijo que maestro.

—Maestro no es una profesión elegida.

—Es la que me gusta, profesor.

Otra vez me había quedado ensimismado en mis pensamientos, un chico espera una respuesta y yo no he escuchado la pregunta.

—Disculpa, ¿puedes repetir la pregunta?

—¿No sería más provechoso ir a las colonias en vez de ser reciclado?

La misma cuestión de siempre, las colonias, algún día todos nos encontraremos.

—Cada cierto tiempo hay una sobrepoblación de personas muy formadas. Al hacer el examen de triaje, se les encomienda la suprema responsabilidad de crear una nueva ciudad. Se les dota de lo necesario para formar una colonia y dentro de 200 años se pondrán en contacto con la polis. Como todos sabéis, aún no se ha puesto en contacto ninguna colonia porque tienen orden de no hacerlo hasta que hayan alcanzado un nivel de civilización como el de la polis.

Muchos amigos han desaparecido al ser enviados a reciclar y seguramente muchas de sus cenizas habrán



abonado las verduras que he comido en mis ya más de cuarenta y ocho años. Nunca me ha dado miedo que mi nombre apareciera en el terminal. Bueno, no es cierto, antes me aterraba, pero desde que mi padre, a la edad de treinta y cinco años, abandonó nuestra casa para ir a la sala de entrega, dejé de tener miedo.

Mis profesores me habían advertido, como yo lo hago ahora con mis alumnos, pero jamás pensé que le pasara a mi padre. A partir de aquel día dejé de temer el sorteo. Mi sacrificio vale la pena si mis seres queridos siguen viviendo.

Ese era el último día de clase antes de las vacaciones. La verdad es que me preocupaba más cómo iba a pasar esos días de ocio que en la lectura de la carta. Seguramente, me indicarían dos sesiones de ejercicio delante la pantalla de la plaza.

Mi hija ya era mayor, veinte años, desde hacía dos había partido a la colonia. Su madre, mi mujer, nos dejó hace un año. Ella prefirió morir en casa dejando todo ordenado: la ropa planchada y las paredes recién pintadas. «Sé que tú no lo harás cuando ya no esté», fue su justificación. Bebió un té caliente y una hora después salió por la puerta con los alguaciles, despidiéndome con un beso en la frente.

La verdad es que en unas vacaciones sin horario, ni obligaciones, tenía miedo a descuidarme. Cuando llegué a casa vi el papel sobre el terminal, como todos los años. Solo un folio porque en la casa solo vivo yo. Es una casa grande. Hace tiempo que espero que me reasignen otra,

pero por ahora no han dicho nada, a lo mejor piensan que un maestro de escuela necesita una casa grande. Como todos los años desde la muerte de papá, cogí el papel, me senté en la butaca naranja, la preferida de mi esposa, y esperé leer: «no ha sido seleccionado para servir a su ciudad...». De hecho, sin mirarla ya lo había leído.

Algo llamó mi atención. Me fijé más detenidamente y pude ver que el mensaje era muy similar al de todos los años pero ligeramente diferente. En vez de decir: «No ha sido seleccionado»; decía: «Tiene el honor de haber sido seleccionado».

«Al fin», pensé. Respiré aliviado. Ahora tener que hacer dos sesiones de mantenimiento ya no era importante.

## 2.

### DOS AÑOS ANTES

—Ya estoy lista. Mamá, Papá, estoy muy emocionada. Mis padres rieron juntos.

—Claro, hija mía, tu padre es mayor, pero aún recuerda el día en que le dijeron que sería maestro.

—Yo no soy tan mayor como tu padre, pero también recuerdo la voz del magister diciendo: «Sra.; debe ser informática, por la ciudad y su Comunidad».

—¿Si no me dicen nada?

—Nunca ha pasado, hija —dije.

—¿Y si me envían a hacer cosas que odio, como recolectar miel, o reforzar tejados?

—Ja, ja, ja, tú sí que sabes hacer reír a tu madre. No te preocupes, el Consejo no se equivoca, compatibiliza tus intereses con tus actitudes y las necesidades de la ciudad y siempre da un resultado satisfactorio para todas las partes.

—Anda, vamos —dijo el padre.